

Trinidad

Ha ido modificando Trinidad su contextura, vistiéndose de nuevo, con más o menos lujo, según la posición económica del que ha fabricado su hogar o lo ha modificado, confundiendo en ocasiones mezclas de arquitecturas distintas, con menoscabo del arte y buen gusto.

Pero las viejas construcciones, sólidas, macizas, desafiando todos los embates del tiempo; las casonas de la parte alta de la población, donde parece aún resonar el ruido de los incomparables saraos o las voces de la conjura; esas construcciones permanecen aún en pie airosamente.

Y es a contemplarlas a donde se dirige el viajero. Es altamente evocadora una vieja ventana de madera torneada; un quicio amplio de una sola pieza de madera; el brocal de un algibe abandonado; el tejado antiguo de amplio guardapolvo que parece se nos viene encima; el suelo de hormigón rajado; los restos de una farola en la esquina cercana; una llave enorme que parece más bien defensa de la amplia puerta. Todo es interesante para la gente nueva; si es adinerada, con más ansias de adquirir un brasero o una butaca medioeval desvenecijada que contemplar un panorama popularizado ya mundialmente por la pantalla.

Casonas que hacen pensar en tiempos idos en que el dinero holgaba. Palacios algunos con magníficos mármoles de Carrara en el pavimento; cocinas amplísimas como si fueran de grandes hoteles; patios espaciosos donde se observan los restos de artísticos jardines; zaguanes de los que cualquiera forma una vivienda; decorados que ya los quisieran para sí muchos palacios modernos. En los nuevos tiempos de la casa pequeña muy elegante y sanitaria, pero estufa o invernadero contra los climas tropicales, la inmensa casa ha venido a ser como los coches de alquiler, empleados en vulgares menesteres, como esas casonas variando de morada a personas humildes que donde lucía la rutilante luna de un espejo veneciano o el óleo de un austero antepasado, han colocado un chillón almanaque, una «estrella» de cine en traje de dormir, o un artista enlazador de toros o que propina recias trompadas.

Calles Real del Jigüe, Desengaño, Alameda, Amargura, San José, Cristo, Boca, donde cada piedra tiene una leyenda. Es una filigrana, como mosaico variado, el pavimento que rodea las casolariegas de esa parte de la población que adquiere vida y es muy visitada y objeto de relieve admirativo en la época de la Semana Mayor. Van por la Trinidad antigua, en la parte alta de la ciudad, las procesiones del Jueves y Viernes Santo en que la muchedumbre se apretuja, entre reverente e impía, cumpliendo la tradición de visitar los santos lugares trinitarios, hasta llegar al Calvario que como el célebre monte de las calaveras parece azotado por los vendavales del tiempo y la impiedad de los hombres.

Aquí vivió unos días de inquietud el ambicioso Hernán Cortés; su posada debió de estar por los alrededores del hoy Parque Martí; Alonso de Zuazo intrigó por estas calles; el pirata Carlos Gant, al frente de sus hombres rojos su bió esta cuesta para robar del templo los vasos sagrados; las llamaradas del incendio de la Casa de Gobierno esparcieron su luz siniestra sobre estos lugares y en las cenizas se esparcieron los primeros años de la colonización; en aquella casa se hospedó el Barón de Humboldt, cuya ciencia iluminó los principios del pasado siglo; más allá se admiró el galante prusiano del encanto de las mujeres trinitarias; cerca están las casas de los patricios Iznaga y Borrell y del Dr. Hernández, donde planearon su viaje para buscar el apoyo de Bolívar; en aquella otra vivió el infortunado General Narciso López; ésta fué la morada de José Sánchez Iznaga; aquella otra sirvió de destierro a Saco; esta mansión fué la primera techumbre que tuvo el Señor de la Veta Cruz; más arriba resonó la alegría en el Palacio de Santa Elena; en esa esquina estuvo la Sociedad «La Filomática», donde como en festín de gironinos se reunieron los revolucionarios del 68; en frente una tosca cruz señala la primera vez que un visionario de blancos hábitos realizó la santa consagración, dobladas las rodillas de Velázquez y de los superhombres conquistadores.

Vieja Trinidad de calles empedradas; ¡tus casonas son monumentos! Por esos inmensos ámbitos parecen resonar gritos, suspiros, murmullos. Es la voz del pasado en sus distintas tonalidades, que surge de los vetustos edificios; época en que se conspiró, se amó mucho, se bebió el placer a sendos tragos, mientras en las paredes se empotraban las cruces, como pidiendo algo de clemencia en medio de una vorágine de placeres.

Las casonas antiguas o las viviendas más modestas, las primeras casas de la ciudad legendaria son tesoro que no debe modificarse. Si acaso, lo preciso para evitar la ruina del edificio conventual. La historia con hechos extraordinarios, está unida a las viejas mansiones trinitarias y la leyenda las envuelve, perdiendo en el torbellino de los siglos el recuerdo del pasado trágico, heroico, galante, patriota y evocador.

Vieja Trinidad
Borrell y
31/20-